

# Ser o no ser: el Religioso del siglo XXI. Sencillez y pobreza

P. Carlos Palmés, sj

## Resumen

*El espíritu característico de la Vida Religiosa es la sencillez y la pobreza que hoy en algunos lugares está en peligro de extinción. No es fácil encontrar la fórmula exacta de la pobreza. No está en los extremos: ni en tenerlo todo ni en no tener nada. Está “en el justo medio”, es decir, en el desprendimiento interior y en hacer uso de las cosas moderadamente, según las circunstancias, junto con el compromiso con los pobres. El secreto está en dos cosas: (1) en la prolongada contemplación del Cristo pobre y humilde, que nos hace sentir la necesidad de identificarnos con Él; (2) y en el contacto real con el pobre, que nos interpela, no nos permite vivir en una abundancia escandalosa y nos lleva a compartir lo que tenemos con el que no tiene.*

*O espírito característico da Vida Religiosa é a simplicidade e a pobreza que hoje em alguns lugares está em perigo de extinção. Não é fácil encontrar a fórmula exata da pobreza. Não está nos extremos: nem em ter tudo nem em não ter nada. Está “no necessário”, isto é, no desprendimento interior e no fazer uso das coisas moderadamente, segundo as circunstâncias e o compromisso com os pobres. O segredo está em duas coisas: (1) na prolongada contemplação de Cristo pobre e humilde, que nos faz sentir a necessidade de identificar-nos com Ele; (2) e no contato real com o pobre, que nos interpela, não nos permite viver em uma abundância escandalosa e nos leva a partilhar o que temos com os que não têm.*

## 1. LA IMAGEN DE LA VIDA RELIGIOSA

Al encontrarnos por primera vez con una persona, en seguida la clasificamos según la imagen que presenta: un intelectual, una empleada doméstica, un pordiosero, una señora de alta sociedad, un obrero, persona de carácter impositivo o suave, amigable o repelente... Y desde esta primera impresión juzgamos todo su modo de ser y actuar.

¿Qué imagen presenta hoy la Vida Religiosa (VR) en América Latina (AL)? ¿Cómo debería ser, cómo deseáramos que fuera? Seguro que la respuesta de todos sería: “que sepa a Evangelio”, que la VR sea un lugar en que se transparente la fe, la sencillez, la pobreza, la confianza, la fraternidad, la humildad, el amor. Jesús continuamente hace referencia a estos valores como los más típicos del Evangelio, los que podríamos llamar de “la infancia espiritual” y que se sintetizan en el Sermón de la montaña y en las Bienaventuranzas. Y tiene mucho interés en mos-

trar que quienes viven este espíritu son los sencillos, los excluidos, un ciego, un centurión, una cananea.

Esto no quiere decir que nuestra vida y apostolado se reduzca a obras de beneficencia con los más abandonados. Hemos de asumir también el trabajo con intelectuales, jóvenes universitarios, organizaciones pastorales o sociales con el mismo interés y generosidad que con los pobres y marginados. Pero en cualquier situación o misión, lo que ha de resaltar en el religioso/a es “el hombre o mujer de Dios”, testigo de lo trascendente, desprendido de todo, que no vive para sí, sino para los demás. Hay muchos/as que viven así, pero lamentablemente hay muchos/as también en quienes lo que resalta es el hombre o mujer profesional, el funcionario eclesiástico, el empresario, el activista, el patrón. Y lo que forma la opinión popular son las grandes obras educativas, sociales, parroquias famosas, viviendas cómodas que superan el nivel de las mayorías.

En el Congreso mundial de Vida Consagrada (VC) en Roma (noviembre de 2004), se levantaron voces de todos los Continentes lamentando la imagen de poder y superioridad que presentamos<sup>1</sup>, mientras que la sencillez, la austeridad, el amor, quedan más escondidos. Hay muchos, muchísimos testimonios admirables, pero en el conjunto de la VC llama más la atención la imagen de poder.

En el conjunto de esta situación, en el corazón del espíritu de las bienaventuranzas, la palabra pobreza tiene un papel definitivo: tanto la pobreza-austeridad personal y comunitaria, como la pobreza-solidaridad y la opción por los pobres.

## 2. SENCILLEZ Y POBREZA

El tema de la pobreza es uno de los que producen mayor insatisfacción a una gran parte de los religiosos/as de hoy y de todos los tiempos, tanto en el orden teórico como sobre todo, en el de la praxis. Lo cual indica que no es fácil encontrar “la fórmula” exacta en cada caso. Y es que se han de combinar una serie de elementos distintos y a veces antinómicos que cambian según las circunstancias.

Por esta falta de claridad, siempre se ha presentado la tentación de ir al extremo de la radicalidad absoluta: “no tener nada”. Pero esto resulta inhumano e imposible de vivirlo por mucho tiempo. Con más gusto se ha buscado la solución en el otro extremo de “tenerlo todo” y, entonces, se ha caído en el aburguesamiento y la relajación. Y es interesante constatar que estas dudas y fluctuaciones se han dado a lo largo de la historia y siguen dándose también hoy.

Ya en el siglo IV, al iniciarse la VR, a pesar de vivir todos en una austeridad espantosa, les parecía a algunos de los monjes más influyentes que la única forma auténtica de pobreza era la de los eremitas que no tenían nada: “aquello debe poseer el monje que no puede perder al morir” (Asterio). “El monje debe contentarse con lo estrictamente necesario para alimentarse y vestirse” (S. Jerónimo). “Los que han alcanzado la verdadera libertad de espíritu no necesitan armarios donde guardar sus cosas ni tienen por que temer a los ladrones” (S. Juan Crisóstomo).

Sin embargo la vida fue mostrando

que no son los extremos, sino la “pobreza media” la más conveniente, es decir, la de aquellos monjes que vivían de su trabajo y dedicaban el resto del tiempo a las ocupaciones espirituales propias del monje (A. Nilo). Lo que sí todos rechazaban era que, so pretexto de alimentación, se tuvieran extensas propiedades y numerosos rebaños.<sup>2</sup> A lo largo de la Edad Media se puede afirmar que cuando la VR vivió con radicalidad la pobreza, estuvo floreciente y cuando comenzó a acumular bienes materiales, vino la relajación y la ruina. Entre los muchos casos se da el de la Orden de Cluny, que nació en el siglo X con gran fervor y austeridad. En el siglo XII llegaron a tener dos mil monasterios repletos de monjes, pero la abundancia de riquezas hizo que cada monje pudiera tener un criado personal a su servicio. Al poco tiempo, la Orden murió de muerte natural. Y en el siglo XII brotó la Orden militar de los Templarios, pero más adelante cada monje “vivía como un rey”. El Papa los extinguió porque eran un escándalo para la cristiandad. San Bernardo clamaba contra los monjes que construían templos suntuosos: “pobres de Jesucristo, díganme, si de todos modos son pobres, ¿para qué sirve el oro en sus iglesias? La Iglesia reluce en sus muros, pero está necesitada en sus pobres; revestida de oro en sus piedras, pero sus hijos están abandonados en la desnudez. Se satisface a los ojos de los ricos a costa de los pobres”.

En el siglo XIII se fundaron las Órdenes Mendicantes con el carisma de la pobreza evangélica radical, dentro de todo un movimiento pauperista de la Iglesia. Entre ellos los franciscanos y los dominicos iniciaron una nueva época de

florecimiento eclesial.

### 3. NUESTRA SITUACIÓN HOY

Hoy la mayor parte de los Institutos religiosos se sienten incómodos al revisar su nivel de vida porque han entrado dos elementos que dificultan vivir en la sencillez y austeridad deseada: (1) La prosperidad material de pueblos enteros o de una parte de la sociedad, aun en los países pobres. (2) Y el estilo de obras apostólicas en que muchos están empeñados/as y que suponen tener instrumentos costosos y medios económicos abundantes.

- (1) El progreso material es un gran bien para la humanidad, pero también es un gran incentivo de la ambición desmedida. Los Religiosos/as son partícipes también de los progresos de la sociedad. La mayor parte se podrían clasificar como de “clase media baja” y algunos de “alta”. Generalmente tienen un nivel de vida modesto y confortable. En parte se debe -y en esto ofrecen un modelo y un estímulo a la sociedad- a la renuncia a la propiedad privada para ponerlo todo en común, y en parte a la austeridad y buena administración que llevan. Pero por más sencilla que sea su vida, contrasta con la pobreza y miseria de muchos que viven a su alrededor. Por eso algunos se preguntan: ¿Tendríamos que vivir con las mismas carencias “indignas de personas humanas” de nuestros vecinos, o más bien hemos de luchar y acompañarles para que también ellos alcancen un nivel de vida mejor? “No se trata de experimentar sentimientos de culpa (aun-

que sentirlos no va mal de vez en cuando), sino de caer vitalmente en la cuenta de que nuestro estilo de vida, no está en camino de Evangelio. Da la impresión de que queremos ‘estar en la procesión y repicando las campanas’ ”<sup>3</sup>

- (2) Pero la causa de mayores dudas proviene de las obras “apostólicas” que llevan algunos/as, por ejemplo, colegios, hospitales, organizaciones sociales, parroquias en centros urbanos. También de la dedicación a la clase media y alta, a los intelectuales, profesionales o comerciantes, etc. y del correspondiente estilo de vida comunitaria. Dudas sobre los medios que se utilizan: movi­lidades, aparatos electrónicos, viajes... En todos estos casos, ¿aparece clara la opción por los pobres? Que hemos de tener los instrumentos necesarios para un apostolado eficiente, es indudable, pero ¿no se podría evitar que aparezcamos como los ricos y los poderosos? Habrá que mantener siempre una tensión “entre la eficacia del apostolado y el testimonio de la pobreza evangélica”. Es un problema particularmente difícil que exige discernimiento comunitario (Kolvenbach).

No podemos huir de un mundo tan complicado y globalizado en lo económico, pero nos es lícito soñar con nostalgia con lo que fue el primer momento en la fundación de buena parte de los Institutos religiosos. Cuando pienso que Ignacio de Loyola y sus compañeros, fundadores de la Compañía de Jesús, el día en que hicieron sus votos en Montmartre (1544) lo

celebraron con gran alegría con una merienda de pan y agua. Y que se alojaban en los hospitales con los pobres y pedían limosna para sustentarse. Claro que luego, cuando comenzaron a aumentar las vocaciones y tuvieron que organizarse en casas y Provincias ya no pudieron vivir una pobreza tan idílica. Pero para Ignacio la pobreza nunca dejó de ser una de las principales preocupaciones.

Hoy ha sido tan convulsivo el cambio estructural, que nos ha dejado desconcertados en lo referente a pobreza religiosa: el progreso material desorbitado de sectores de la sociedad y de naciones enteras. El hecho de tener obras apostólicas que requieren manejar mucho dinero, ha hecho más difícil encontrar el justo medio entre la abundancia y la carencia, entre la competencia profesional y la austeridad y sencillez.

Por otra parte, el crecimiento escandaloso de la pobreza y la miseria en el mundo entero en los últimos años, -al mismo tiempo que crecía la riqueza de los ricos-, muestra que las políticas económicas impuestas por los poderosos (FMI, BM) han sido catastróficas. Y esto es una dramática interpelación para quienes profesamos la opción por los pobres. ¿Qué hacer? Primero tener ideas claras sobre la pobreza que podemos y debemos vivir, y segundo asumir las actitudes correspondientes.

### 3.1 TENER IDEAS CLARAS

Los autores difieren en el concepto de pobreza, de acuerdo con el criterio del que parten: no es fácil tener ideas claras sobre el modo como hemos de vivir la pobreza, hoy en nuestro contexto de

pobreza injusta e institucionalizada. No se pueden simplificar las cosas, pero tampoco puede quedar todo medio difuminado de modo que justifique cualquier manera de proceder. Intentaré abordar esta tarea de la pobreza en su doble dimensión personal y social.

### 3.1.1 Antinomia de la pobreza

Al abordar el tema de la pobreza nos hallamos con una aparente contradicción: por una parte decimos que hay que ayudar al hombre a liberarse de la pobreza por ser una situación indigna de la persona humana. Es decir, consideramos la pobreza como un mal. Por otra parte, Jesús invita a sus seguidores a desprenderse de sus bienes y a vivir en pobreza. Es decir, que se considera la pobreza como un bien.

El Documento de Puebla (Cfr. 1148-1152) también hace distinción entre una pobreza que “es expresión de privación y marginación de la que debemos liberarnos” y la “pobreza evangélica” que Jesús proclama como bienaventuranza. Esta segunda consiste en usar de los bienes de este mundo sin absolutizarlos. Es una actitud de apertura confiada en Dios junto con una vida sencilla, sobria y austera, con comunicación y participación de los bienes materiales y espirituales.

La pregunta obvia es: la pobreza, ¿es un bien que hay que procurar o es un mal del que hay que liberarse?

Santo Tomás nos da la respuesta (S.Th. 1<sup>a</sup>2ae.q.64). Él distingue entre las virtudes teologales y las morales. Las teologales se refieren al fin que es Dios.

Todos hemos de tender al último fin y cuanto más lo hagamos, mejor. Nunca vamos a creer excesivamente ni a esperar ni a amarle más de lo debido. En cambio, las virtudes morales se refieren a los medios y regulan el uso de los medios para alcanzar el fin. Y, por tanto, han de usarse según las circunstancias que cambian. Por eso ha de intervenir la razón para el debido uso de los medios en tales circunstancias: “el bien de la virtud moral consiste en la adecuación a la medida de la razón y, por lo mismo, consiste en el medio” (q.16,a.1).

Apliquémoslo a la pobreza. La pobreza, como virtud moral, consistirá en usar moderadamente, rectamente de los bienes de la tierra. Entonces, la pobreza será un mal cuando se carece de los bienes indispensables para la vida humana. Es la miseria. Y hay que liberarse de este mal para llegar al medio que es el uso moderado de los bienes. Y a quienes tienen más bienes de los necesarios, el Señor les invita a desprenderse del exceso y a repartirlo entre los que no tienen. Para que la pobreza sea “evangélica” se requiere además del uso moderado, que la motivación de desprenderse sea el amor y seguimiento de Cristo pobre.

Este “justo medio” de Santo Tomás es el que nos crea todas las dudas de conciencia. No es fácil encontrarlo porque depende de muchos factores que se han de integrar y combinar proporcionalmente. Los mismos que intentan aclarar el concepto de pobreza ofrecen distintas descripciones de acuerdo con los distintos criterios de los que parten:

❖ “Pobres son los que carecen de los

bienes que se consideran necesarios para la satisfacción de las necesidades más elementales de la vida humana: comida, vivienda, vestido, salud, instrucción o educación” (Julio Lois).

- ❖ “Se entiende que la expresión pobre se refiere a aquellas personas, familiares y grupos de personas, cuyos recursos materiales, culturales y sociales son tan limitados que les excluyen del mínimo nivel de vida aceptable en los Estados miembros en que viven” (Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea).
- ❖ “Pobres son las personas de un determinado país cuya renta es inferior a la mitad de la media por habitante existente en ese mismo país” (Caritas española).
- ❖ Otros distinguen entre pobreza “severa” (que incluye a la extrema y a la grave) y la pobreza “moderada” o “precariedad social” (Fundación Foessa y Caritas de Madrid).
- ❖ En la Escritura se designa al pobre como “indigente, débil, encorvado, miserable”. Son términos que reflejan una situación humana degradada. Produce indignación y está causada por la injusticia de los opresores (Gustavo Gutiérrez en su Teología de la liberación, p.326-327).<sup>4</sup>

En todas estas descripciones aparece la dificultad de tener una definición clara y uniforme.

### 3.1.2 Dificultad de soluciones prácticas

Mucho más difícil resulta aplicar este “justo medio” a la vida práctica. Con frecuencia nos encontramos en una

nebulosa de la que nos cuesta salir. Y es que el concepto de pobreza es escurridizo y no es posible llegar a una fórmula definitiva. Tampoco podemos refugiarnos en vivir la pobreza exactamente como la vivió el fundador/a, porque si él viviera ahora, lo haría de distinta manera.

La razón de la dificultad es que la pobreza depende de una serie de elementos que cambian. De ahí que -como dice K. Rahner- no podemos esperar “ninguna respuesta que sea teológicamente de veras satisfactoria sobre su sentido religioso, su esencia teológica, su motivación religiosa, pues el concepto de pobreza ni es claro ni es fácil que lo sea porque no abarcamos la realidad concreta de la economía de hoy en su esencia y en las tendencias de su desarrollo”.

En efecto, entran en la pobreza una serie de elementos cambiantes:

- ❖ La situación económica y el nivel de vida de un país: no es el mismo nivel de vida de los religiosos/as en Alemania o Estados Unidos, que en Haití o en Bolivia.
- ❖ Las necesidades de la persona: biológicas (comida, medicinas); psicológicas (limpieza, descanso); culturales (libros, cursos).
- ❖ Las exigencias de la vocación apostólica para un apostolado eficiente. Es claro que hay que evitar los dos extremos, como sería no tener ningún medio por dar un testimonio evangélico, o al contrario, tener tantos recursos y llevar un estilo de vida que escandalice a los pobres.

Con esto ya se ve que es imposible encontrar una fórmula universal para vivir la pobreza. Si nos quedamos en esta etapa del proceso, siempre nos sentiremos inseguros/as y caeremos en la casuística: si podemos o no tener un jeep, o dos, si hemos de gastar o no en nuevas construcciones... En la historia posconciliar, siempre que se ha inventado algo nuevo, los religiosos/as hemos tenido dudas y discusiones entre dos posturas: los que decían que había que adquirirlo de inmediato y los que no. Generalmente la solución ha sido esperar que el objeto se hiciera de uso común y entonces el usarlo ya no nos colocaba entre los ricos. Tal sucedió con el cambio del reloj de bolsillo por el de muñeca, el paso del tintero y plumín al uso de la pluma estilográfica, de la pluma estilográfica al bolígrafo, de la escritura a mano a la máquina de escribir, de la palangana al lavabo, de la ducha y baño común a tenerlos en el cuarto. Y sobre todo, la adquisición de aparatos electrónicos, TV, computadoras.

Necesitamos ir al fondo de la cuestión y tener criterios de acción. Aquí aparece la necesidad de hacer un discernimiento para encontrar en cada caso lo más conforme al querer de Dios. Esto no es posible hacerlo apoyándose en criterios puramente humanos; es preciso mirar desde la perspectiva del Evangelio y de nuestra vocación religiosa. El discernimiento no se hace entre lo bueno y lo malo. Es claro que siempre hemos de elegir lo bueno, pero para esto basta la moral. El discernimiento se da sólo entre lo bueno y lo mejor para elegir siempre lo mejor en orden a la salvación, que es donde está la voluntad de Dios.

### 3.2 CRITERIOS DE ACCIÓN

Ni en el nivel teórico ni menos en el práctico podemos encontrar la solución. A mi parecer, sólo tendremos una garantía de acierto en una doble experiencia transformadora:

- (1) Por una parte, la contemplación del Cristo pobre. Esta es la clave para conseguir la actitud interior de “pobreza espiritual” que nos hará vivir desprendidos de todo y de nosotros mismos. Lo que puede inspirar nuestro modo de proceder evangélico no son los cálculos o los propósitos de austeridad, sino la contemplación de Jesús en la cueva de Belén, haber “gustado” la sencillez de su anonadamiento, haberle acompañado en el trabajo rudo y silencioso de Nazaret, haberle mirado largamente en la desnudez de la cruz. Entonces va creciendo el amor a Él y se va sintiendo la necesidad imperiosa de identificarse con Él. Hay muchos que como Jesús, pudiendo tener una serie de ventajas, se han despojado de todo para seguirle (Fil2, 6-8). Pero más que partir de lo que tenemos proponiéndonos no poseer nada, se trata sobre todo de partir de nuestro corazón (Kolvenbach, S.I.). “La preocupación por vivir pobremente con Cristo pobre, no podrá jamás reducirse a un reglamento que nos satisfaga, sino que nos empujará a dejarnos prender e inspirar cada vez más por Cristo pobre. Nuestra pobreza no tiene sentido fuera de un profundo amor personal a Jesucristo. Y este amor implica el amor al Cristo



pobre. Exige un esfuerzo continuo, que incluye la contemplación de los misterios de Cristo, Dios de los pobres, Dios pobre”<sup>5</sup>.

- (2) Por otra parte, es necesario ponerse en contacto real con los pobres. O de un modo habitual viviendo en medio de ellos en un medio popular. O al menos esporádicamente yendo a su encuentro en algunas ocasiones. Ellos sin hablar, nos interpelan y nos impiden llevar un tren de vida ofensivo para los pobres. Y entonces sentimos vergüenza de hacer problema de ciertas privaciones o de cosas intrascendentes, cuando ellos están luchando por la sobrevivencia.

Vale la pena desarrollar estos dos aspectos clave sin los cuales todas las otras consideraciones pierden consistencia.

#### 4. LOS DOS ASPECTOS CLAVE DE LA POBREZA EVANGÉLICA

##### 4.1 LA CONTEMPLACIÓN DEL CRISTO POBRE

La pobreza evangélica brota de una profunda experiencia de Dios, no de un propósito voluntarista ni de un simple sentimiento de culpa. Ella procede de una experiencia transformante que toca a la persona en lo más profundo de su ser. No quisiera dejar este punto solamente indicado, pues considero que estamos llegando a la explicación última de la pobreza evangélica. Vale la pena detenernos, porque la vivencia habitual de esta experiencia es la que distingue al “hombre o mujer de oración”.

Cuando se busca el sentido de la VR y

la explicación de esa “locura” de entregar la vida gratuitamente a Dios y a los hermanos, se descubre, como la motivación última y definitiva, un amor apasionado surgido del íntimo contacto con Dios. No son suficientes las motivaciones sociológicas o antropológicas; se requiere haber experimentado el amor gratuito de Dios que ha encendido un fuego interior que exige dejarlo todo y seguir a Cristo sin condiciones.

Sólo desde el punto de vista de la fe y del amor a la persona de Cristo, tiene explicación el voto de pobreza. Se deja un bien visible por otro invisible, un bien presente por otro futuro, conocido a la luz de la fe. Y sobre todo, es el amor a Jesucristo el que me mueve a seguirle, despojado de todo y con alegría. Este es el resultado de una vida de oración contemplativa, capaz de conquistar el corazón y la vida toda.

La oración personal conduce a una relación de intimidad con el Señor y a un compromiso real con el hermano. Es transformante. Al contemplar la persona y la misión de Cristo, siento la necesidad de confrontar mi vida con la suya, mis criterios, mis actitudes, mis sentimientos más profundos. Y poco a poco voy pensando y actuando como Él. No por un mimetismo externo, sino porque va creciendo en mí una fuerza interior que me lleva a la identificación con Él. Y experimento que se va haciendo verdad en mi vida lo mismo que en Pablo: “ahora no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”. Esto no se consigue por unas consignas que vienen de la Casa Generalicia ni por un esfuerzo voluntarista, sino que nacen de una necesidad del corazón, que quiere expresar la adhe-



sión a la persona de Cristo identificándose con Él por el amor.

Esta es la pobreza evangélica, la que nace de la necesidad de interiorizar el Evangelio vivido y predicado por Jesús y de identificarse con el Cristo pobre y humilde.

#### 4.2 CONTACTO REAL CON LOS POBRES

Es el que me lleva a la solidaridad. La pobreza-solidaridad brota como una necesidad cuando se está en contacto real con los pobres. Su sola presencia es una interpelación continua que no nos permite llevar un nivel de vida ofensivo para ellos ni reservarnos ciertas cosas para nosotros, cuando hay tanta gente que las necesita para sobrevivir.

Abundan las estadísticas sobre la realidad de la pobreza en AL y en el mundo. La estadística posterior tiene que afirmar que, a pesar de los esfuerzos de los poderosos (?), ha crecido el número y la situación dramática de los pobres. Frente a esta situación, los religiosos/as no podemos quedarnos neutrales. Los pobres nos invitan a asumir como propia su causa. A muchas personas consagradas les ha llevado a dar la vida. Hoy en AL los mártires de la fe y de la justicia se cuentan por docenas y centenares. Ellos han firmado con su sangre la autenticidad y radicalidad de su compromiso.

Una experiencia que tuve, siendo Maestro de novicios, me hizo comprender que el contacto con los pobres no se puede sustituir con nada. Un novicio, a la hora del almuerzo, no comía y estaba con la cara muy seria. Le pregunté:

¿por qué no comes?, ¿estás enfermo? El me respondió casi llorando: es que no puedo comer. Acabo de pasar por el puente de Quillacollo donde unos campesinos intentan vender paja brava y he visto a sus niños famélicos y vestidos de harapos... se me pasaron las ganas de comer. Se hizo un largo silencio. Había 14 novicios. Yo les dije: a mí también me impresiona ver continuamente estas escenas a nuestro alrededor. ¿Qué podríamos hacer? Un novicio propuso: ¿por qué no llamamos a estos niños para que vengan a comer con nosotros? A todos les entusiasmó la idea. Pero un Padre que estaba conmigo dijo que esto iba a durar muy poco. ¿Por qué no fundamos un comedor popular para los niños aquí en nuestra casa? Yo buscaré la financiación. Comenzamos al día siguiente. Pensábamos que serían 15 ó 20; al cabo de un mes eran 150. Pero lo más interesante es que los novicios tenían que visitar a las familias, organizar a las mamás para que vinieran a cocinar y se ponían en contacto con la realidad de la gente. Yo nunca tuve que exhortarles a vivir la pobreza.

Partiendo de estos dos principios, la experiencia de Dios y el contacto con los pobres, llegaremos a encontrar el modo concreto como tenemos que vivir hoy la pobreza, el uso y administración de los bienes más adecuado.

La pobreza-solidaridad no sólo hay que vivirla a nivel personal y comunitario, sino también a nivel Instituto. Nadie constata tan claramente la dificultad como los Superiores/as Generales que sufren por ese "Vulnus" (=herida) de la Vida Consagrada. Dándose cuenta de que buena parte de la dificultad está

en estar envueltos por un mundo neoliberal y globalizado, el año 2002 propusieron una “economía alternativa” que sea “una buena respuesta a las necesidades de los Institutos religiosos, al servicio de los pobres”. Al principio del Tercer Milenio no podemos -dicen- quedar indiferentes ante el problema de la pobreza que se propaga y deriva en miseria, hambre, falta de recursos para curar tantas enfermedades. Y proponen administrar los bienes movidos por una fuerte espiritualidad; sostener los organismos que promueven cambios sociales y económicos, que defienden los derechos humanos y la ecología, ejerciendo a veces presión sobre los gobiernos y las multinacionales, invirtiendo en organizaciones sin fines de lucro y en sistemas financieros éticos.

Si se asume esta actitud, sabremos encontrar en cada nueva situación la respuesta adecuada personal, comunitaria e institucionalmente. Y sin ella, nos enredaremos en casuística infructuosa. Pero aun teniendo una actitud evangélica y la mejor voluntad, tendremos dudas y encontraremos no pocas dificultades teóricas y prácticas. Y ésta es a veces la mayor pobreza.

#### Notas

<sup>1</sup> Cfr. PALMÉS, Carlos, S.J.. *La Vida Religiosa en AL*. Ed. Verbo Divino. 2005, p. 78.

<sup>2</sup> GARCÍA, M., Colombás. *El monacato primitivo*, Bac, 2ª ed. 1998.

<sup>3</sup> CATALÁ, Toni, S.I. Col, Frontera, n.18, p.47.

<sup>4</sup> LOIS, Julio, *Los pobres, un desafío para la VR*, Col, Frontera, n.17, pp.42-50.

<sup>5</sup> Kolvenbach, S.I. Carta sobre pobreza, 2005.

<sup>6</sup> Ibid. pp 49-50.



## 5. LA ACTITUD QUE HAY QUE ASUMIR

Uno ve que el secreto, lo único que puede mostrar el camino acertado es la actitud interior de “pobreza de espíritu”, de desprendimiento de todas las cosas y de sí mismo con una total disponibilidad y confianza en Dios.

Es el sentido de pobreza que nos ofrece la Biblia: en el nivel socio-económico es la carencia no elegida de bienes necesarios para satisfacer las necesidades elementales de la persona humana. Y en el nivel religioso es la pobreza de espíritu: la humildad radical ante Dios o “infancia espiritual” que designa a los pobres de Yavé, es decir, a los que están vitalmente referidos a Dios, dispuestos a aceptar de forma incondicional su voluntad. Y en el Nuevo Testamento, es la invitación a dejarlo todo, bienes materiales incluidos, para seguirle y servir al Reino de Dios.<sup>6</sup>